

LA PERSONA HUMANA ES ANTERIOR A LOS SISTEMAS

Reflexión dominical de monseñor Rubén Oscar Frassia, obispo de Avellaneda-Lanús para el programa radial "Compartiendo el Evangelio" (22 de enero de 2006)
3º domingo durante el año

Aquí lo importante es lo que dice Jesús: "el tiempo se ha cumplido". Dios nos habló antiguamente de diferentes maneras, pero en el último tiempo nos habla en su Hijo, en Jesús. En el Verbo que se hace carne en el seno virginal de María, se hace presente, planta su morada en medio de nosotros, ya se inaugura el tiempo definitivo.

"El tiempo se ha cumplido", lo absoluto que se hace presente, y ante esta inminencia, ante esta presencia, nosotros tenemos que responder y tener una actitud de conversión para cambiar de vida y creer en El y creer en la Buena Noticia que es el motivo fundante de nuestra conversión. En la medida que uno lo reconozca más a El, es la medida en que va ayudando y colaborando en esa conversión.

La conversión es un proceso que lleva toda la vida, pero que lleve toda la vida no significa que uno esté mirando para cualquier lado. Sino que debe estar atento a las señales que Dios nos va indicando, en los tiempos y momentos de nuestra vida.

Tenemos que alcanzar la madurez

Tenemos que desarrollarnos.

Tenemos que crecer.

Tenemos que ser más libres.

Tenemos que alcanzar la santidad y la perfección.

Esto es importante porque tenemos que responder al Señor. Y tenemos que responderle con atención. En la vida hay muchas cosas que nos pueden distraer. La sociedad actual es consumista. No hay tiempo para nada. No hay tiempo para expresar los valores. Diría que está provocando en nosotros una incapacidad de las cosas bellas, buenas y gratuitas.

Hoy la sociedad descarta a aquel que no produce. Fijémonos en los ancianos, en los niños que están enfermos, en los que están limitados, de alguna manera los corremos y el sistema nos hace sacarlos del camino. Pareciera que nosotros no vamos a pasar esa etapa, que en el fondo es la esclavitud y el sometimiento del tiempo en nosotros.

El Señor viene a mostrarnos otra actitud: el hombre, la persona humana, es el centro de la sociedad, y no las cosas ni los sistemas, ni los totalitarismos o los proyectos. Es la persona humana la que está en el centro, como la familia que es anterior al estado. El estado tiene que regular pero no imponer nuevos criterios a la familia.

Vamos a pedirle al Señor, que nos demos cuenta que tenemos que vivir de acuerdo y conforme a nuestra vocación. Y tenemos que vivir de acuerdo al Señor. Esto, que es definitivo, debemos vivirlo en las cosas definitivas de nuestra vida. Pero que haya coherencia en nuestra vida. Que haya transparencia entre la fe y la vida. Entre aquello que profesamos, que creemos, y aquello que concretamos o realizamos.

Lo peor que puede pasarnos es que vivamos de un modo esquizofrénico. ¿Qué significa? Que no hay unidad substancial, la fe va por un lado, las costumbres por otro y las actitudes por otro lado. Hay dicotomía, y esa dicotomía produce una enfermedad que, a la larga, es la tristeza. Que es muy profunda en muchas personas.

La presencia del Señor nos llama a hacer penitencia y a creer en Evangelio. La Palabra de Dios no hace cosas nuevas, sino que hace nueva todas las cosas. Termino con esto: cuando se le hace un regalo a un chico ¿cuánto tiempo se demora en admirarlo? Fíjense como está cargada la sociedad: se demora muy pocos minutos y al rato ya pierde el interés. Por eso nosotros tenemos que ir a las cosas profundas, para vivir con interés todas las cosas de nuestra vida. Que Dios los bendiga.

Mons. Rubén Oscar Frassia, obispo de Avellaneda-Lanús